

Entrecruces temporales: tiempo de la naturaleza-tiempo humano

Temporal Intersections: Nature Time-Human Time

Raúl Antonio Buendía Chavarría

Instituto de Investigaciones Filológicas
Universidad Nacional Autónoma de México

raul.buendia13@gmail.com

ORCID: 0009-0005-1037-238X

Resumen: El marco de este artículo es el dualismo generalizado de natura-cultura, dicotomía anclada a la perspectiva prometeica y el antropocentrismo, que instalan una lógica de dominación con dinámicas, lenguajes y discursos en las que la historia humana silencia la naturaleza, generando dos temporalidades: tiempo de la naturaleza-tiempo humano. Esta separación se explicará a través de tres temáticas imbricadas: 1) A partir de focalizar un presente indescriptible debido a su fugacidad, se retoman tres conceptos que marcaron de forma duradera las nociones de tiempo en el mundo occidental: *Cronos*, *Kairós* y *Crisis*. 2) Se expone el mito de *Prometeo-Progreso*, un concepto que en la historia representa un imparable avance hacia el mejoramiento, e individualmente se presenta como una experiencia de aceleración temporal en casi todos los aspectos del ser humano, una aceleración promovida por las revoluciones sociales, políticas, industriales y tecnológicas de la modernidad. 3) Se revisan los síntomas y patologías del actual tiempo histórico: las afecciones y efectos sobre nuestra condición histórica, debido, por un lado, a la acumulación de recursos económicos y, por otro, a su distribución asimétrica, la industrialización y el consumismo acelerado, la sobreexplotación de recursos naturales y la contaminación física, biológica y química, que originan afectaciones al planeta de manera casi irrecuperable.

Palabras clave: hermenéutica, naturaleza, historia, tiempo, progreso.

Abstract: The framework of this article is the widespread dualism of nature-culture, a dichotomy anchored in the Promethean perspective and anthropocentrism, which establishes a logic of domination with dynamics, languages, and narratives in which human history silences nature, generating two temporalities: nature-time and human-time. This separation will be explained through three intertwined themes: 1) By focusing on an indescribable present due to its transience, three



concepts that have lastingly marked the notions of time in the Western world are revisited: Chronos, Kairos, and Crisis. 2) The myth of Prometheus-Progress is presented, a concept that in history represents an unstoppable advance toward the betterness and individually is presented as an experience of temporal acceleration in almost all aspects of human beings, an acceleration promoted by the social, political, industrial, and technological revolutions of modernity. 3) The symptoms and pathologies of the current historical period are reviewed: the afflictions and effects on our historical condition, due, on the one hand, to the accumulation of economic resources and, on the other, to their asymmetric distribution, industrialization and accelerated consumerism, the overexploitation of natural resources and physical, biological and chemical pollution, which cause almost irreparable damage to the planet.

Keywords: hermeneutics, nature, history, time, progress.

Recibido: 9 de enero de 2025

Aceptado: 4 de abril de 2025

Presente

¿Para qué puede servir la historia? Solamente —y eso es mucho— para multiplicar las ideas; nunca para ver el presente original —ineducible—.

PAUL VALÉRY

La historia tiene la mirada fija en el pasado, pero está afianzada en el presente. La sentencia anterior de Paul Valéry lleva algo de razón; la historia genera ideas y multiplica las perspectivas; esto no siempre es malo o muy malo; como ejemplo está el perspectivismo histórico, nombre de una corriente histórica que se presenta como remedio y veneno. Sin embargo, las múltiples perspectivas del pasado nos permiten ver lo que ya no vemos, lo que no queremos o no podemos ver, lo que nos ciega, nos atemoriza, nos horroriza, y más vistas de un pasado borrascoso que no logramos captar por completo.

El presente es una urdimbre que se entreteje con hilos del futuro y del pasado. Por eso, en un primer paso, se tiene que realizar un viaje a tiempos lejanos desde el presente, para regresar a él de una mejor manera.

Para el ser humano, vivir es experimentar el tiempo, a veces de forma apasionada, dolorosa o trágica pero siempre de una forma ineludible. Enfrentarse al tiempo, no es la búsqueda para escapar de él, sino es esforzarse por aprehenderlo, trabajar por ordenarlo, cortarlo, medirlo, en definitiva, pretender dominarlo. A partir de esto, múltiples e innumerables han sido las maneras de proceder: el tiempo se configura en las narraciones ficcionales, históricas, míticas; se utiliza

en las construcciones religiosas-teológicas o filosóficas-políticas; lo vemos como unidad de medida en las teorías científicas; se plasma en las representaciones artísticas, en obras cinematográficas y proyectos arquitectónicos; como instrumento cuantitativo en los inventos técnicos para medirlo, los relojes y los calendarios; nada de lo humano le es ajeno; nada escapa de sus efectos.

Algunas definiciones de la antigua Grecia encerraban al tiempo bajo sus propiedades físicas, como el movimiento y el cambio. “El principio de los seres es indefinido [...] y las cosas perecen en lo mismo que les dio el ser, según la necesidad. Y es que se dan mutuamente justa retribución por su injusticia, según la disposición del tiempo”;¹ este principio de Anaximandro alude a un tiempo cíclico que ordena y proporciona justicia, el tiempo se revela como un elemento fundamental para todas las cosas. Platón en el *Timeo* menciona que “el tiempo nació con el universo. Tiempo y mundo se originaron simultáneamente siendo: El tiempo una cierta imagen móvil de la eternidad”.² Aquí, el tiempo se define por ser movimiento; es la contraparte de la eternidad que es un permanecer estático. En la *Física* de Aristóteles, “el tiempo es el número del movimiento según lo anterior y lo posterior”;³ es decir, existe el cambio de un antes a un después. Pero... ¿Qué es realmente el tiempo? ¿Quién puede explicarlo de una manera sencilla y breve? ¿Quién puede formarse una idea de él y luego traducirla a palabras? ¿Qué tema hay más familiar que el tiempo? ¿Qué es, pues, el tiempo?

Retomando algunas nociones míticas, recurrimos a la doble representación del tiempo: *Chrónos* (χρόνος) y *Cronos* (Κρόνος). Este último, Cronos, es mencionado en la *Teogonía* de Hesíodo, hijo de Gea (Γαῖα), con quien arma una estrategia para destronar a su padre Urano (Οὐρανός); ambos, cielo y tierra se encontraban en un abrazo eterno, donde había generación, pero no nacimiento, engendrar sin concepción. Cronos con una hoz o guadaña castra a su padre, corta sus genitales para separarlos, liberando a los titanes, dando origen al devenir del tiempo que genera el día, la noche y las estaciones; mitológicamente, al igual que su padre, se convierte en devorador de sus propios hijos, los dioses Hestia, Deméter, Hera, Hades y Poseidón, quienes después serán liberados por Zeus.

¹ “Anaximandro de Mileto”, en *Fragmentos presocráticos. De Tales a Demócrito*, introd., trad. y notas de Alberto Bernabé (Madrid: Alianza Editorial, 2010), 56.

² Platón, *Timeo*, introd., trad. y notas de María Ángeles Durán y Francisco Lisi (Madrid: Gredos, 1992), Biblioteca Clásica Gredos, 160, 37d-38b.

³ Aristóteles, *Física*, introd., trad. y notas de Guillermo R. de Echandía (Madrid: Gredos, 1995), Biblioteca Clásica Gredos, 203, 220a, 25.

Por otro lado, Chrónos es el dios primordial; está relacionado con la creación del cosmos, asociado a Aión (αἰών), la eternidad; unido a Ananké (Ἀνάγκη), lo inevitable o la necesidad, entendida como “lo que tiene que ser y no puede ser de otra forma”; sus hijas son las Moiras (Μοῖραι), la personificación del destino y el devenir, las portadoras de las tijeras que cortan el hilo de la vida: Láquesis (pasado), Átropo (presente) y Cloto (futuro). En la *Teogonía órfica*, igualmente, lo vemos unido a Ananké para, a partir del Caos (Χάος), engendrar el huevo cósmico del que nacerá Fanes (Φάνης); con él se da inicio al origen y generación de todas las cosas. Finalmente, con el paso del tiempo y debido a la similitud de los vocablos, ambas representaciones terminaron por fusionarse y mezclar sus atributos.

La contraparte de este tiempo cósmico y devorador es el tiempo anómalo: *Kairós* (Καῖρός),⁴ el tiempo oportuno. Un tiempo que se caracteriza por ser fugaz, inesperado, solamente un instante que no dura nada y que es, a la vez, un momento justo, de oportunidad, decisivo y crucial. En específico, se trata de una discontinuidad; es la ruptura del tiempo. Etimológicamente está asociado a κείρω, el verbo griego para ‘cortar’. Su personificación es antropomorfa; es calvo, pero con un solo mechón en la cabeza; doblemente alado, sostiene una navaja en la que tambalea una balanza; representa la rapidez y lo fugaz de la ocasión. Como instante indeterminado, fractura el transcurso lineal y progresivo del tiempo, altera el equilibrio y modifica, eventualmente, el dictamen del destino.

Conceptualmente, el *Kairós* se equipara con la ocasión o el momento adecuado. Aristóteles, hablando de la felicidad en la *Ética Nicomaquea*, menciona que la palabra *bien*, así como la palabra *ser*, se emplean con muchos sentidos: “pues se dice en la categoría de sustancia, como Dios y el intelecto; en la de cualidad, las virtudes; en la de cantidad, la justa medida” y respecto al tiempo, la oportunidad.⁵ Esta noción no refiere coloquialmente al oportunismo, pues el *Kairós* refleja y contiene la frónesis (Φρόνησις),⁶ es decir, la bonhomía de un tiempo en el que los prudentes (φρόνιμος)⁷ contemplan la situación específica y realizan una deliberación justa respecto al decir y al obrar.

⁴ Para ampliar este concepto, véase Giacomo Marramao, *Kairós. Apología del tiempo oportuno*, trad. Helena Aguilà (Barcelona: Gedisa, 2008) y “Concepto fenomenológico o kairológico”, en Sixto Castro, *La trama del tiempo. Una exposición filosófica* (Salamanca: Editorial San Esteban, 2002).

⁵ Aristóteles, *Ética Nicomaquea-Ética Eudemia*, trad. y notas Julio Pallí Bonet (Madrid: Gredos, 1998), Biblioteca Clásica Gredos, 89, libro I, 1096a, 25.

⁶ *Ibíd.*, libro VI, 1140a, 25.

⁷ *Ibíd.*, libro VI, 1142b, 30.

Siendo así, el Kairós se caracteriza por ser “el momento breve, instantáneo, decisivo, propicio e irrecuperable que marca un punto crucial en la vida de los seres humanos o en el desarrollo del universo”,⁸ y debe ir acompañado de la virtud (ἀρετή) de la frónesis, pues el prudente es un “ser capaz de deliberar rectamente sobre lo que es bueno y conveniente [...] no en un sentido parcial, [...] sino para vivir bien en general”.⁹

Su contraejemplo lo encontramos en la tragedia griega, que es un mundo privado de Kairós. Las ocasiones están mal calculadas por sus protagonistas, parece que todo es contra el tiempo y a contratiempo, desperdician todas las ocasiones y las oportunidades; aún más, las desperdician en el momento preciso, justo cuando creen aprovecharlas de verdad. Es la representación de una crisis que sabemos desde el principio que no tiene remedio. Todas las salidas esperadas se cierran, una tras otra; las decisiones fallan en su objetivo y las acciones se efectúan a destiempo. Es la incapacidad de atrapar el momento justo, de tomar a Kairós del único mechón de su cabeza; y no ver el momento preciso les impide actuar con acierto. Los personajes están cegados y, si logran salir de esa ceguera, lo logran demasiado tarde, cuando la batalla está perdida o se ha cumplido su destino irreversible.

A estos conceptos temporales de Cronos y Kairós, debemos agregar el de Crisis. Si bien no es una noción temporal como las anteriores, sí es una operación en el tiempo. Κρίσις viene del verbo griego κρίνειν, que significa ‘separar’; relacionado con ‘ordenar’, donde se realiza un análisis o una crítica, es ‘juzgar’, una reflexión para resolver conflictos, y finalmente, con “cortar”, al igual que el Kairós, existe un antes y un después de esta contracción o discontinuidad del tiempo.

En el ámbito de la medicina, la crisis se refiere a los momentos decisivos o significativos del curso de una enfermedad; en el periodo o ritmos de una enfermedad se dice que hay picos de mejoramiento o momentos favorables; lo opuesto serían los días críticos: este registro y análisis de los días críticos es fundamental para actuar en el momento adecuado y no decaer.

Estos tres conceptos marcarán de forma duradera las nociones de tiempo en el mundo occidental. Cronos, Kairós y Crisis (Κρόνος-Καιρός-Κρίσις)¹⁰ persistirán,

⁸ Castro, *La trama del tiempo*, 21.

⁹ Aristóteles, *Ética Nicomaquea-Ética Eudemia*, libro VI, 1140a, 25.

¹⁰ Cf. “Introducción. De los griegos a los cristianos”, en François Hartog, *Cronos. Como occidente ha pensado el tiempo, desde el primer cristianismo hasta hoy*, trad. Norma Durán (México: Siglo XXI, 2022), 21.

pero su relación y operación se modificarán con la expansión del cristianismo: el primero tendrá una linealidad, un inicio y un final, se convertirá en el tiempo cronológico, escatológico e irreversible; el segundo será el momento justo y decisivo para actuar en relación con la redención y salvación; y el último ocupará el lugar eminente del juicio final, el último e irremediable.

Todas estas historias se han ido olvidando o ignorando quizá por la falta de efectividad para ocuparlas en nuestro día a día. Ante su decline, la modernidad irrumpió con un concepto de tiempo fabricado para el “uso y beneficio” de la humanidad: un tiempo que se reduce al puro presente. Ese punto fugaz, entre el pasado acontecido y la esperanza del futuro. El problema es lo liminal que es y la reducción para el obrar. La rapidez para elegir y ejecutar la acción que dará paso al futuro. La modernidad, caracterizada por sus revoluciones sociales, políticas, industriales y tecnológicas, pasmó al ser humano y lo incita a marchar a una mayor velocidad, comenzaba una nueva época, bajo la concepción del progreso y la aceleración.

Progreso

La terminología histórica en ocasiones está marcada por factores que no son históricos; muchas veces sus conceptos provienen de expresiones relacionadas con ámbitos de la experiencia o derivan de aspectos naturales, míticos, teológicos, políticos, económicos, poéticos, científicos o técnicos. El tiempo no tiene un significado intrínseco; tampoco puede designar un rótulo a cada época; el tiempo, en principio, ni siquiera puede explicarse a sí mismo. Por ello, en el trasfondo, se aplican metáforas a las etapas y movimientos de la historia; por ejemplo, el concepto ‘crisis’ como metáfora de corte o ruptura, una discontinuidad en la continuidad del tiempo.

El progreso retoma al mítico Prometeo,¹¹ su nombre se compone del prefijo *pro-*, que indica avance o adelante y *metis* (μητις), ‘sabiduría’ o ‘pensamiento’. *Prometeo* es el que piensa hacia adelante, un predictor; es la prospectiva, por ello, en la Titanomaquia, él alerta a sus congéneres, en especial a Cronos, de no en-

¹¹ Para profundizar en la figura de Prometeo y su personificación como el concepto de ‘progreso’, véase los dos textos de David García Pérez: *Acerca del sentido del progreso. Una perspectiva prometeica* (México: Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009) y *Prometeo: el mito del héroe y del progreso. Estudio de literatura comparada* (México: Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006).

trar en combate contra los Olímpicos, pues él sabía que esa batalla, ya estaba perdida; por eso mismo, él y su hermano, Epimeteo, el que piensa después,¹² se abstuvieron de participar, y por este hecho evitaron ser castigados por Zeus.

Su mito más conocido es el del robo del fuego a los dioses y debemos reparar en el simbolismo del fuego: Prometeo sustrae el fuego en un hinojo, símbolo fálico, pero al estar hueco se contempla también como femenino; ambos aspectos conjuntados representan la creación y, por otro lado, “el poder que el ser humano ejerce sobre la naturaleza para transformarla”.¹³ La cosmología griega explica un orden del mundo, donde se establece la composición de los cuatro elementos de la naturaleza: tierra, agua, aire, fuego. El ser humano “puede dominar la naturaleza, si es capaz de poseer el fuego, en tanto que este es el que gobierna sobre los otros elementos”;¹⁴ de esto se desprende “el argumento para sostener una teoría sobre el progreso afinada en el dominio del ser humano sobre la naturaleza”.¹⁵

El progreso es otra de estas metáforas del movimiento. Etimológicamente, el prefijo *pro* indica ‘avance’ o ‘adelante’ y *gressus* refiere a ‘dar pasos’, ‘marchar’: progreso es ir hacia adelante; de esta forma, *re-greso* es ‘ir o dar pasos hacia atrás’, *in-greso* es ‘adentrarse o ir hacia adentro’. Este concepto se desdobra en características espaciales y temporales; en el espacio, se dice que algo está aquí y después allá, es el avance de un objeto; por ejemplo, las placas tectónicas originando un volcán con su choque o un abismo con su separación; en ambos casos es visible un avance. En el tiempo, se cifra en el antes, ahora y después, tres momentos ostensibles de avance. Existe el progreso tanto en el espacio como en el tiempo, y es un concepto que se aplica neutralmente a todos los acontecimientos históricos porque todos progresan en espacio y tiempo. Así, historia y progreso emergen simultáneamente como experiencias; la primera, acuñada como historicidad, y el segundo, bajo la noción de movimiento hacia adelante.

Como concepto, el progreso se ha entendido de diferentes formas: 1) como el avance de la humanidad, es decir, como concepto universal que da soporte y sentido a la historia por completo; 2) en casos particulares, para distinguir un estado de cosas: de un antes a un después; 3) aunque el progreso incluye la posi-

¹² Personifica la retrospectiva, en el sentido de contemplar las consecuencias y aprender de ellas.

¹³ David García Pérez, “Tetralogía de los elementos en la tragedia esquilea”, en *Imaginario de la naturaleza. Hermenéutica simbólica y crisis de la naturaleza*, edit. Blanca Solares (México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma de México, 2021), 246.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Ibid.*

bilidad de ir hacia peor, generalmente, atesta un movimiento hacia un mejoramiento, conlleva un concepto de esperanza; 4) igualmente, se manifiesta como un desarrollo, no circular, sino lineal. Pueden existir retrocesos, pero son menos duraderos, y son designados como discontinuidades. Un ejemplo de esta noción lo podemos ver en la filosofía de la historia de Giambattista Vico con su curso y recurso, donde se plasma un avance inevitable de la humanidad, pero siempre considerando un inicio, desarrollo, culmen y declive de la civilización para dar origen a una civilización nueva y mejorada; en este caso no sería un movimiento circular ni lineal, sino uno en espiral;¹⁶ 5) el avance tiene una determinada meta, ya sea como una perfección final, como el alcance de un estadio de paz, libre de sufrimiento, un paraíso inalcanzable o un fin último sin más, como el fin del tiempo en la escatología, aunque sea una postergación, sin fin, de la meta; 6) finalmente, también alude a una aceleración, no de las fuerzas físicas o de la naturaleza, sino a la puesta en marcha por las fuerzas históricas. Todas estas características surgen y se consolidan en el mundo moderno. Ese mundo que se pensaba utópico que, a través de la tecnología y la industrialización, abrió un camino para avanzar más rápido, creando y cambiando las condiciones sociales, políticas, económicas y naturales del ser humano. La modernidad como progreso generó un futuro abierto.

En la antigüedad, el término *progressus* ('marchar', 'avanzar') se relaciona con *processus*, que indica un proceso, un avanzar a partir de algún lugar, pero también provenir y proceder, relativo a la ascendencia familiar; igualmente, se relacionaba con *profectus*, asociado a aprovechar, hacer progresos o avanzar con éxito.¹⁷ Todos estos términos implican mejorar, ya sea como perfeccionamiento individual, moral, espiritual o como crecimiento en el bienestar individual o colectivo de las ciudades y su poderío. Todos encierran un avance.

En este punto, el énfasis del concepto se encuentra unido a la percepción de un individuo o una pequeña sociedad que vuelcan la mirada al pasado para dar razón al presente, como en el término de *processus*: 'provenir'; pues indican un proceso de "superación", de condiciones míticas, primitivas o primarias a unas civilizadas, estables o mejores, ya sea por donación divina o por la invención y perfeccionamiento de las habilidades para adaptarse a las diferentes exigencias de la naturaleza; por ejemplo, la protección contra el clima y la fauna, la produc-

¹⁶ Cf. "Vico", en Karl Löwith, *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la Filosofía de la Historia*, trad. Norberto Espinosa (Buenos Aires: Katz, 2007).

¹⁷ Cf. "Progreso", en Horst Stuke, Reinhart Koselleck y Hans Ulrich Gumbrecht, *Ilustración, progreso, modernidad*, trad. Josep Monter Pérez (Madrid: Trotta, 2021), 165-168.

ción de alimentos que permitían un establecimiento y el inicio del comercio a través de la creación de rutas terrestres y marítimas.

Esta percepción de un antes y un después dio paso a nuevas posibilidades; la oposición de lo antiguo contra lo nuevo abría un horizonte a nuevos futuros, tanto en los ámbitos políticos y económicos como en los colectivos y culturales, sobre todo en la esfera individual, pues estas nuevas posibilidades se trasladaron al ser humano, es decir, a su capacidad de actuar para el cambio.

Así, con esta posibilidad de cambiar para mejorar, el concepto de ‘progreso’ contiene un significado de ‘transformación’: progresiva y conducida por el curso del tiempo, pero también realizada por el ser humano. Al proyectar estos estados ideales, se ponía en marcha una especialización de las ciencias y las habilidades técnicas para la dominación progresiva del mundo, esto es: la planificación para crear esos mundos y los presupuestos teóricos y materiales para arribar a ellos.

El concepto de un tiempo lineal, que siempre va “hacia adelante”, se une con esta idea de transformación, de una mejora, de un avance acumulativo, todo hacia una dirección deseable; así sea el encuentro con una ley universal, como se puede confrontar con las filosofías teológicas de la historia que marcan el progreso con un fin y un estado ideal superior al terrenal, o un estado utópico secularizado con leyes justas y funcionales.

Sin duda, esta idea es bastante optimista y muy europea; la historia y la humanidad marchan hacia adelante en el curso del tiempo; los avances científicos, médicos y tecnológicos, como la brújula, los trasplantes de órganos o la imprenta, son buenos ejemplos de un progreso material, pero también encontramos contraejemplos que van desde la invención de la pólvora hasta las bombas atómicas.

Si se reflexiona el progreso en el ámbito social, se puede aludir el avance de la “razón” humana y, colectivamente, con el término de *civilización*. Cuando Europa comenzó su expansión, debido a la búsqueda de nuevas rutas comerciales y se encontró con nuevas sociedades, muy dispares a las suyas, una de las primeras justificaciones para establecer su dominio era la idea de lo primitivo que necesita tiempo para llegar al mismo punto de civilización. Estas nociones, imperialistas y supremacistas, de salvajismo o barbarie, justificaron plenamente la colonización, imponiendo que lo razonable es querer avanzar, vivir en sociedades civilizadas; la humanidad debe avanzar en conjunto; de esta forma se negaba el desarrollo único de las sociedades conquistadas y se les imponía el progreso.

Estas expresiones de leyes universales y movimiento de la historia fueron consolidando la idea de un desarrollo histórico bajo esquemas que, utilizando al pa-

sado como camino o medio para un fin último, reflejaban este avance o mejoría con la representación de fuerzas contradictorias actuando en el devenir (Tesis-Antítesis-Síntesis), o etapas necesarias que cada civilización debía transcurrir (edad de los dioses, edad de los héroes, edad de los hombres). Sin embargo, esto es una simplificación del pasado y del futuro, pues cómo pensar en la idea del progreso cuando ocurren acontecimientos tan inauditos, tales como las guerras mundiales o cualquier guerra, orquestadas por sociedades europeas totalmente avanzadas y civilizadas. En estos puntos álgidos se suprime el futuro y la pensada dirección única de la historia; lo que resalta es, justamente, que el futuro no es global ni único.

El futuro es otro término afectado por la idea del progreso, como todo avanza y mejora, el futuro está resuelto. Creer en el progreso ilimitado se traduce en la esperanza del paraíso después de la muerte o en un estado utópico sin desigualdad e injusticias, lo que incita a la inacción, pues se confía tanto en él que se piensa que los cambios o problemas sociales urgentes se solucionarán por sí mismos a causa de este movimiento hacia algo mejor.

La existencia humana no necesariamente tiene que implicar un avance, aumento y superación; el progreso se ha transformado en un discurso que incluye una dirección única para la historia: siempre hacia adelante y a mejorar. Debido a esto se ha escindido el tiempo: tiempo de la naturaleza y tiempo humano, como si fueran cosas contrarias o inconexas; la economía ha socavado y quizá abolido el concepto de tiempo, y no solo eso, sino también dañado de forma irreparable e irreversible a la tierra. Las consecuencias son ostensibles con los grandes efectos climáticos debido a la voracidad de consumo, la capacidad de contaminación de los grandes monopolios y la sobreexplotación de los recursos naturales. El progreso ilimitado es insostenible, sobre todo en un mundo limitado.

Si se mira a la historia solo en dos sentidos: en el pasado (retroceso-colapso) y en el futuro (progreso-crecimiento), el presente se elimina del campo de experiencia y, por lo tanto, se impide contemplar las posibilidades reales y las alternativas. Comprender el pasado es relevante para percatarse de que la historia puede ser escrita de otra forma y por otras personas, no solamente por las élites, los conquistadores o las academias; el pasado es tan incierto como el futuro, pero el presente abre las posibilidades. La historia no es inamovible, no está escrita en piedra; son relatos dinámicos, y por eso podemos encontrar nuevas formas de relacionarnos con el pasado.

Por último, quisiera retomar la imagen simbólica que comparte David García Pérez sobre la escultura de Prometeo en Prípyat, la ciudad que fue construida

para albergar a los trabajadores, y a sus familias, de la Central Atómica de Chernóbil. Dicha estatua sigue ahí, tal y como si Prometeo siguiera atado al Cáucaso; su instauración:

fue el símbolo del átomo seguro y pacífico de la política progresista de la Unión Soviética; su función era la de celebrar la prosperidad que la tecnología trae consigo. Luego del desastre nuclear, ese mismo Prometeo quedó anclado en el tiempo que de manera inmediata detuvo la vida de aquella zona: el átomo se volvió el águila de Zeus que le recuerda al Titán y al ser humano que el dominio aparente de la naturaleza tiene sus consecuencias, una situación que Esquilo ya había advertido al decir que lo que el fuego sembró en los seres humanos fue la ciega esperanza de vencer a la muerte.¹⁸

Aceleración

La reconstrucción del pasado depende de la noción de tiempo; cierta idea de historia conlleva su noción de tiempo y conceptos para analizar la realidad: “el pasado”, “el presente” y “el futuro” son términos temporales que mantienen concentrados y ordenados los acontecimientos de la humanidad, guían la perspectiva y otorgan una posición para la reflexión. No obstante, en ocasiones la historia presenta movimientos que rompen con las nociones de tiempo pensados o establecidos; inversamente, el tiempo devasta, deja en ruinas y desgarras las mentalidades que se tenían acerca de cualquier sentido histórico. El delgado hilo de la continuidad sin comienzo, progreso ni final no puede sostener ningún sentido estable de la historia.

La historia necesita movilizar una cantidad enorme de elementos y armas, un estrépito verdaderamente desproporcionado para conseguir un resultado relativamente pequeño, resultado que no siempre es el que se deseó o el que valía la pena desear. Por lo demás, es el mismo fenómeno que se da en la vida de los individuos: muchas veces se pone en tensión todo el pathos para conseguir una decisión de la que ni uno mismo sabe qué saldrá en último resultado.¹⁹

La ampliación del campo histórico, la aparición de nuevas huellas, nuevos objetivos, nuevas teorías y subdisciplinas, en conjunto con la disipación del sentido

¹⁸ García Pérez, “Tetralogía de los elementos en la tragedia esquilea”, 228.

¹⁹ Jacob Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia universal*, trad. Wenceslao Roces (México: Fondo de Cultura Económica, 1961), 225.

escatológico de la historia, donde el fin de los tiempos no llegaba, dieron paso, en primer lugar, a la desarticulación del régimen cristiano de historicidad; claro que esto no significa la desaparición por completo del sistema; ni, en segundo lugar, a la amplificación de la realidad histórica. Se terminó la necesidad de una experiencia de tensión hacia un final establecido e inminente.

El ser humano ya no era el foco predilecto de la historia, la perspectiva comenzó a no ser tanto civil, sino natural por la amplificación temporal y espacial, donde se correspondían: “A la inmensidad del espacio... El camino eterno del tiempo”.²⁰

Comenzó el auge de la historia natural que, esencialmente, “abarca todos los espacios, todos los tiempos, y no tiene otro límite que los del Universo, mientras que la historia civil se mueve dentro de los estrechos límites cronológicos y espaciales”.²¹ Dos grandes ejemplos fueron los textos de Georges Louis Leclerc de Buffon y Charles Darwin;²² el primero, publicó en 1779 su libro *Las épocas de la naturaleza*, en el que expresaba las edades de la formación de la tierra desde una perspectiva geológica. Leclerc anotaba siete épocas: 1) Donde la tierra adquirió su forma. 2) La materia sólida se fue configurando. 3) El mar lo cubría todo. 4) El mar comenzó a retirarse de los continentes. 5) Los animales comenzaron a habitar la tierra. 6) Los continentes se separan y aparece el ser humano. 7) El ser humano se desarrolla. Esta visión planteaba una novedad con respecto a las antiguas historias teológicas y presentaba una innovación en el método. Buffon afirmaba que, así como se hurga en los archivos del mundo para conformar la historia de la humanidad, de la misma forma se deben extraer de las entrañas de la tierra los indicios de los cambios físicos para saber las diferentes edades de la naturaleza.

El origen de las especies, de Ch. Darwin se publicó en 1862, si bien la idea de evolución ya existía; solo se constataba que la transformación de las especies es efecto del tiempo, y se planteaba que los seres vivos no aparecieron tal y como los reconocemos ahora o en determinado momento histórico, sino que son el resultado de múltiples variaciones leves y acumulativas a lo largo de un número casi infinito de generaciones. Además de subrayar que producción-extinción y nacimiento-muerte son efectos continuos a los que los seres vivos se encuentran sometidos, sin un sentido ulterior.

²⁰ Hartog, *Cronos*, 217.

²¹ *Ibid.*, 217 y 218.

²² Para este ejemplo retomo las descripciones del apartado “La cerradura bíblica es-talla”, en F. Hartog, *Cronos*, 215 ss.

Estos dos textos remarcaban un tiempo continuo y de lento transcurso que actúa gradualmente desde mucho antes de la aparición de la humanidad. Concepto que será relevante para la separación del tiempo del mundo y tiempo de la humanidad.

A fines del siglo XVIII y mediados del XIX comenzó a concretarse otro tipo de historicidad, es decir, otra forma de estar en la historia, pues la marcha del tiempo avanzaba más rápido y predominaba la categoría del futuro. La modernidad, en palabras de R. Koselleck, se caracterizó por separar el campo de experiencia (el presente) y el horizonte de expectativa (el futuro); este se convirtió en la meta; la luz que ilumina el pasado proviene de él, al contrario de lo que afirmaba Alexis de Tocqueville: “Cuando el pasado ya no ilumina el futuro, el espíritu camina en la obscuridad”.²³

La aceleración es el concepto mismo de la experiencia del tiempo moderno: acelerar el curso de la historia y acelerar el tiempo; esto se traduce, en primera instancia, en un futuro abierto, sin límites, y en “acortar” el tiempo, es decir, producir más, en menos tiempo. En segunda instancia, este acelerar la historia y el tiempo son premisas del concepto de revolución, entendida como una transformación y punto cero de un tiempo nuevo; es la noción de una ruptura en el tiempo que promueve una regeneración; al igual que la reforma, esta alude a la separación de un pasado obsoleto, que obstaculiza y retrasa, para traer o comenzar algo nuevo y mejor; podría decirse que la reforma apela a una revolución, pero por etapas. Desde estas nociones, el tiempo es aprehendido como trascurrir y elaborado por el progreso; todo va hacia un mayor desarrollo a pesar de que el camino no siempre sea apacible, lleno de caídas, regresiones, guerras, derrotas y crisis.

En la aceleración del tiempo, el progreso es el combustible y el propósito de movimiento. La historia como receptáculo de todas las transformaciones toma un nuevo significado que se cifra en la imagen de un tren que corre a toda velocidad hacia el futuro y que se debe abordar. Las grandes consignas del siglo XX fueron: estar al día, superarse, reformar, modernizar, desarrollar; el ser humano debe seguir esta marcha acelerada y, si es posible, anticiparse. Sin embargo, poco a poco, esta ilusión de ir hacia mejor se fue disipando; la creencia cómoda e ingenua en un progreso lineal y continuo que justificaba a la civilización occidental como la última etapa alcanzada por la evolución humana comenzó a decaer por las terribles carnicerías y los rápidos avances tecnológicos; fueron

²³ Apud F. Hartog, *Cronos*, 235.

las guerras mundiales las que acentuaron la crisis del progreso en Occidente, un apocalipsis sin día final.

Después de la segunda Guerra Mundial decayó en Occidente la creencia sobre el progreso y el avance racional de la humanidad. La marcha “segura y firme” hacia adelante se había interrumpido; dos hechos emblemáticos rompieron el tiempo: Auschwitz e Hiroshima. El primero refiere a un tiempo imprescriptible o detenido: un pasado que no pasa y un presente que perdura porque el delito de exterminio se convierte en un crimen, no solo contra un sector, sino contra toda la humanidad. El segundo comienza una nueva era de transformaciones; la aparición de la bomba atómica no solo es la invención de una nueva arma, más letal y de mayor alcance, sino que aceleró el fin del conflicto y asentó el día en que la humanidad tomó posesión de su muerte; cada mañana es la víspera del fin de los tiempos.

La fe en el progreso pasó a ser el mito del progreso. La historia, ahora sin pasado y sin futuro, se varó en el presente: un tiempo bloqueado de donde surgía la visión de un naufragio de las civilizaciones y, por lo tanto, el fin de la historia, un abismo en el que se contempla el cadáver del dios progreso.

Posiblemente, lo que evite caer en ese abismo sea “algo por completo diferente. Tal vez las revoluciones son el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en ese tren”.²⁴ En contraposición de un tiempo de aceleración, se tiene que frenar para buscar una nueva relación y conjunción temporal entre el presente y el pasado. Una historia viva y que se pueda vivir.

A causa de lo que hacemos hoy, hay una ausencia de futuro, los efectos del pasado persisten, ya hemos llegado a ese futuro que vislumbrábamos lejano y que ahora es el presente. Se debe cambiar la relación con el tiempo, pensar en horizontes temporales más amplios, tomar consciencia del desfase con el futuro para reducirlo y prestar atención a los efectos a largo plazo.

Las experiencias del tiempo no se pueden modificar de un día para otro, ni al mismo ritmo en todas partes y para todos, así como la edad antigua no terminó con la caída del Imperio romano e inmediatamente después comenzó la Edad Media. Toma tiempo adaptarse a esas experiencias, rechazarlas o ser conscientes de ellas. Los campos de exterminio, los terrores de Hiroshima, Nagasaki y el desastre nuclear de Chernóbil parecen acontecimientos lejanos, pero arremetieron no solo contra el tiempo de la historia, sino que también cimbraron las raíces

²⁴ Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, edición, traducción e introducción de Bolívar Echeverría (México: Itaca-Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008), 70.

mismas de la humanidad, porque las consecuencias siguen presentes. Los efectos de la era atómica son incalculables: el invierno nuclear, los residuos tóxicos y la radiación que genera, la exposición de elementos químicos, no habituales, en la tierra, el mar, el aire y, sobre todo, el aumento de las temperaturas globales.

La aceleración también provoca la desincronización entre lugares, entornos, generaciones y clases, entre aquellos que tienen posibilidades económicas eligen y se disponen a atender las demandas de un ser “globalizado”, como estar “siempre conectado” y actualizado con las nuevas tecnologías, seguir las tendencias políticas o sociales que están de moda, ser móviles, consumir y ampararse en las grandes ciudades; y aquellos otros, excluidos por no estar conectados, los migrantes, a los que se les nombra como “sin lugar”, sin proyectos en el porvenir porque el sistema se los niega y les exige vivir en la precariedad. Esta desigualdad, además de ser social, tiene efectos adversos en el ambiente, pues al centralizar todo en las megaciudades ocasiona una mayor demanda de recursos, por lo que tiene que extraerlos de los sitios alejados e igualmente todos los desechos que genera son vertidos en las inmediaciones.

La industrialización y el consumismo acelerado igualmente tienen efectos presentes y a largo plazo; la sobreexplotación de recursos naturales y la contaminación física, biológica y química han originado afectaciones al planeta de manera casi irrecuperable: la minería ha erosionado la tierra a un nivel donde es imposible que vida nueva se pueda desarrollar; los grandes monopolios arrojan enormes cantidades de sustancias nocivas al mar y al aire; esto ocasiona, por un lado, que la contaminación sea tan agresiva que los organismos del océano comiencen a diezmarse; por otro, la calidad del aire es tan mala que es difícil de procesar por los seres vivos. La pérdida, degradación y desplazamiento de la fauna es el efecto de la deforestación, apropiación, explotación, contaminación en general, de la destrucción de su hábitat; esto, al igual que el comercio y la extracción de animales y plantas silvestres provocan una caída de la biodiversidad. Finalmente, todo en su conjunto ha llevado al agotamiento de la capa de ozono, al efecto invernadero y al calentamiento global, promoviendo una dislocación en las cuatro estaciones del año, el derretimiento de los casquetes polares, el aumento en el nivel del mar y desastres climáticos más agresivos. En síntesis: el ser humano ha provocado la disminución y erradicación de la sustentabilidad de la vida en el planeta. El tiempo ya no es un camino en el que se transcurre; ahora solo incluye un final y un término; comienza una historia suspendida.

El tiempo de la modernidad fracasó, pero la aceleración sigue siendo el agente principal y dueño del presente. El futuro se ha perdido, está cerrado; sin embar-

go, la perspectiva cambió; ahora el presente es el que está aumentando, el hoy ocupa un lugar cada vez más grande.²⁵ Este presente, que no es nada, también se extiende consumiendo el pasado y el futuro, convirtiéndose en un presente perpetuo. Se valora el ahora y se rechaza la duración. La aceleración, característica de la modernidad, se traslada a esta tardomodernidad y se acelera cada vez más con ciclos de consumo más cortos, obsolescencia de todo y, cada vez más rápido, inversiones sin demora que no implican “esperar tiempo”, valorar y desear la inmediatez y la simultaneidad; computadoras tomando decisiones humanas en nanosegundos; ya no existe la emancipación, es decir, la liberación de las reglas establecidas o la capacidad de confrontar al sistema; ahora la alienación se amplifica, no hay identidad, ni la razón ni los sentidos nos guían, se impone una consigna de innovación en todos los aspectos: científico, económico, político, tecnológico, incluso artístico y social.

La aceleración se acompaña de un sentimiento de urgencia. La humanidad quiere seguir el ritmo de la aceleración, pero no lo logra, ocasionando la ansiedad de no llegar nunca a ningún lugar. La urgencia como imperativo social encierra patologías, como la descronologización, definida como la alteración del sentido de la temporalidad; se trata de “la ausencia de diferencia significativa entre *ayer*, *hoy* y *mañana*”;²⁶ esta sensación no solo se expresa de forma cronológica, sino también emocional, pues surge en estados de ánimo de sufrimiento o trauma. El presente es letárgico, aparece sin un pasado ni un futuro; surge un agotamiento por la espera, ya es demasiado tarde para todo. La noción de *Kairós*, de “darle tiempo al tiempo” o “el momento propicio” ya no existe, porque ante el sentido de urgencia, el tiempo nos ha rebasado y hemos llegado tarde. Cronos nos devoró. La tiranía de la urgencia solo tiene un horizonte: la catástrofe.

Para frenar esta aceleración y salir del cortoplacismo de la urgencia, una opción sería pensar en el futuro, aunque en el futuro encontraremos la catástrofe en curso que es el calentamiento global y la catástrofe final marcada por la sexta extinción de las especies terrestres. El futuro contiene nuestro mayor miedo, la huella indeleble del pasado que la humanidad ha dejado en la tierra, el surgimiento de una amenaza portadora de un tiempo inédito.

²⁵ Véase Hans Ulrich Gumbrecht, *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*, trad. Lucía Relanzón Briones (Madrid: Escolar y Mayo Editores, 2010).

²⁶ Castro, *La trama del tiempo*, 164.

Fin...

¿A dónde vamos?... El futuro no está listo y terminado. Cada día, en cada elección, el río del tiempo se abre en un delta de posibles mañanas. El curso que la realidad va a seguir depende cada vez más de nosotros, como actores en la construcción del porvenir. Sabemos que la única certeza sobre el futuro es que vendrá lo inesperado, las ciencias nos indican las grandes tendencias que muy probablemente darán forma a las próximas décadas: seremos aún más, y algunos vivirán por mucho más tiempo; habitaremos en un mundo más urbano e interconectado, pero más desigual; experimentaremos intensos cambios climáticos y modificaciones a la biodiversidad; ampliaremos cada vez más rápidamente las fronteras del conocimiento; multiplicaremos las tecnologías y las aplicaremos a nuestros cuerpos, mentes y vidas. Como sociedades, como seres vivos, como humanos, nuestro desafío común será inventar rumbos, rutas y caminos para navegar entre lo que somos hoy y lo que podemos llegar a ser.

Nuestras acciones, por menores que parezcan, son capaces de cambiar el mundo. Cada momento, realizamos elecciones sobre nuestros modos de vida. Si nos conectamos con el planeta y los unos con los otros, seremos un puente para un futuro sostenible.²⁷ Los caminos no son cortos ni son fáciles. Cada uno de nosotros hace su Mañana. Pero solo juntos haremos los nuestros... los mañanas que queremos.

Bibliografía

- ARISTÓTELES. *La Física*. Introducción, traducción y notas de Guillermo R. de Echandia. Madrid: Gredos, 1995 (Biblioteca Clásica Gredos).
- ARISTÓTELES. *Ética Nicomaquea-Ética Eudemia*. Traducción y notas de Julio Pallí Bonet. Madrid: Gredos, 1998 (Biblioteca Clásica Gredos, 89).
- BENJAMIN, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Edición, traducción e introducción de Bolívar Echeverría. México: Itaca-Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008.
- BURCKHARDT, Jacob. *Reflexiones sobre la historia universal*. Traducción de Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica, 1961.
- CASTRO, Sixto J. *La trama del tiempo. Una exposición filosófica*. Salamanca: Editorial San Esteban, 2002.
- Fragmentos presocráticos. De Tales a Demócrito*. Introducción, traducción y notas de Alberto Bernabé. Madrid: Alianza Editorial, 2010.

²⁷ “Churinga” [Placa informativa]. Museu do Amanhã, Río de Janeiro, Brasil.

- GARCÍA PÉREZ, David. *Prometeo: el mito del héroe y del progreso. Estudio de literatura comparada*. Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 30. México: Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- GARCÍA PÉREZ, David. *Acerca del sentido del progreso. Una perspectiva prometeica*. Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 51. México: Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- GARCÍA PÉREZ, David. “Tetralogía de los elementos en la tragedia esquilea”, en *Imaginario de la naturaleza. Hermenéutica simbólica y crisis de la naturaleza*, edit. Blanca Solares. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.
- GUMBRECHT, Hans Ulrich. *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*. Traducción de Lucía Relanzón Briones. Madrid: Escolar y Mayo Editores, 2010.
- HARTOG, François. *Cronos. Cómo Occidente ha pensado el tiempo, desde el primer cristianismo hasta hoy*. Traducción de Norma Durán. México: Siglo XXI, 2022.
- HORST, Stuke, Reinhart KOSELLECK y Hans ULRICH GUMBRECHT. *Ilustración, progreso, modernidad*. Traducción de Josep Monter Pérez. Madrid: Trotta, 2021.
- LÖWITH, Karl. *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la Filosofía de la Historia*. Traducción de Norberto Espinosa. Buenos Aires: Katz, 2007.
- PLATÓN. *Timeo*. Introducción, traducción y notas de María Ángeles Durán y Francisco Lisi. Madrid: Gredos, 1992 (Biblioteca Clásica Gredos).

Raúl Antonio Buendía Chavarría

Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Investigador asociado del Seminario de Hermenéutica, del Instituto de Investigaciones Filológicas (IIFL), donde desarrolla su investigación: *Hermenéutica de la reconstrucción. Conceptos temporales e históricos*. Profesor de la asignatura Teoría de la Historia, en el Colegio de Estudios Latinoamericanos (CELA), en la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), de la UNAM. Sus investigaciones se concentran en los ejes de la hermenéutica y la filosofía de la historia; específicamente, hermenéutica filosófica y analógica, teoría de la historia y temáticas sobre el significado, el sentido, la experiencia y las sintomatologías del tiempo en la Historia.